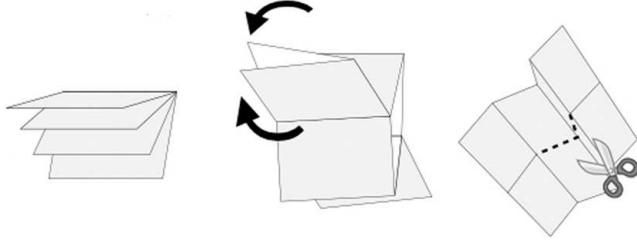


Vera
Zieland

Oh
Dios,
no
me
digas
que
tu
has
también
hecho



Adán creía en Dios, pero Eva no. Ella expuso sus argumentos uno a uno. Le convenció. Mataron a la serpiente, se desnudaron, se amaron.

Adán pudo ver al fin la rotunda densidad del cabello negro de Eva y sus senos encendidos y su sexo rojo como una manzana. El paraíso.

Vera Zieland

<http://twitter.com/VeraZieland>
<http://nanonovelas.blogspot.com/>

Micronarrativa - 048

Octubre de 2010

Nanoediciones

<http://nanoediciones.com>

Y Dios, solo, triste y sin el amor de Eva, ocupó su trono negro e infinito mientras Eva abrazaba a Adán con su cuerpo infinito y blanco.

Yo solo quiero ser un hombre, Eva, escribió Dios en el agua de un charco, déjame entrar en ti. Nadie leyó aquellas palabras.

Una mirada de tus ojos, Eva, pidió Dios, y la creación será tuya.

Y Dios, celoso, hizo lo posible para separarla de Adán. ¿Que hay que pueda hacer que la olvide? Ya no siento nada, dijo, nada me importa.

Y Dios muriendo con mirada de serpiente mientras Eva y Adán, lejos del paraíso, apartan la niebla y gritan y se anudan como nubes blancas.

Y Dios llamó Mujer Puta a Eva. Y Adán, que la quería, cogió la espada y expulsó al creador del mundo, devolviéndolo a su estéril paraíso.

Mary Shelley creó a Frankenstein. Y luego a Adán. Y luego a Eva. Y luego a nosotros, muñecos de un sueño febril de esa escritora del XIX.

Dios soñó que Eva le quería. Pero despertó. Yo le importo, dijo. No se convenció. Lloró. La luz de Eva, la que ni siquiera Adán ve, dijo.